

Me brinco hasta el título del capítulo 84. ¿Dónde está Dios cuando suceden las cosas? La pregunta me remite de inmediato a Job y su lucha desigual con Aquél. Tal vez, Dios, como Don Servando, el padre de Valeria, está viendo fútbol. Tal vez, como Don Servando, tenga los mismos enojos ante las malas actuaciones del Toluca.

“Afuera, la tempestad arrecia. De pronto, un relámpago baña la sala con su destello de luz violeta. Se oye un chasquido contundente y, casi de inmediato, un trueno pavoroso que hace a Valeria abrazarse a sí misma.” En la página 217 reaparecen los relámpagos que provienen de los rayos y que preceden a los truenos. No hay manifestación más poderosa e inclemente de la naturaleza. No sé a ustedes, pero a mí alrededor caen rayos por doquier. Dice la leyenda que, bajo el árbol, donde se parte la corteza por la descarga, en el suelo, se forma una joya. Nunca la he encontrado. Lo que sí, es que al amainar la tormenta siempre me topo con el pino muerto porque, dice Valeria, “Al final siempre está la muerte, el sufrimiento... Aquí todos pierden, aunque algunos, como si fueran vacas, prefieren ignorarlo”.

Alberto Manguel, el casanova de la lectura, dice que venimos al mundo en búsqueda de narrativa en todo lo que nos rodea: el paisaje, el cielo, los rostros de los demás, las imágenes y palabras que crean nuestra especie. Y Miguel Ángel nos permite entrar en un mundo de detalles e historias que nos mantiene atrapados en la lectura de principio a fin. Un mundo que uno cree extinto, pero que tal vez no tanto. Por ejemplo, Don Servando, regaña a su hija Valeria:

“Algo muy feo, que tienes un amante” (cuando yo me imaginaría que tener un amante ha de ser bien bonito) y prosigue: “¿andas con otro hombre?”. Porque

Don Servando es de otra época y no sabe que hoy en día pueden andar con una mujer o con alguna de sus variedades, y la manda por consejos con el cura, como debe de ser.

Algunas páginas más adelante, me doy cuenta de que la novela está narrada en presente y eso es todo un reto. También que los capítulos tienen título, como antaño, y eso me da gusto. La narración en presente nos hace testigos presenciales (eso sí que es redundante) de la acción, de lo que va pasando y que, aunque deja poco espacio para la reflexión, está muy bien llevada a cabo por Miguel Ángel, de tal manera que vivimos los acontecimientos de primera mano. Los títulos, por otra parte, son como algo a futuro, una probada de lo que se espera en cada capítulo.

“A mis 35 ya no puedo abandonar ningún sueño”, dice Valeria y la comprendo, aunque si pudiera hablar con ella le diría que a mis 53 son los sueños los que lo abandonan a uno.

Miguel Ángel, imagino que aprovechando su larga e intensa práctica profesional, disecciona y ahonda en el complejo y terrible problema de la violencia a las mujeres y de aquellas que creen que se lo merecen: “Aunque no es amiga de la violencia, y menos a ese nivel, piensa que el pleito que tuvieron es parte del proceso de adaptación en algunas parejas”. “Nunca olvidaré que me golpeó, pero yo puse mi parte. Lo perdonaré si él me lo pide”, dice para sí.

“El enemigo”, el poema de Baudelaire que ronda toda la obra, es el poema favorito de Valeria. Y el enemigo es, sí, la muerte.

Pero, en temas más mundanos, la novela también sirve como una guía culinaria de los restaurantes más sofisticados de Toluca, Metepec y la Ciudad de México. A lo largo de la obra, los personajes comen mucho y fuera, en restaurantes de lujo. El país ha visto modificado sus hábitos en pocos años. Antes la gente salía a comer los domingos o disfrutaba los días de mole en familia.

De vuelta a los relámpagos:

“Deja el teléfono sobre el escritorio. Apenas ha reiniciado la lectura, cuando el chasquido de un rayo que cae cerca del fraccionamiento, la sobresalta. Voltea a la ventana y todavía puede ver el relámpago de tonalidades violáceas. Enseguida, un estruendo le eriza los cabellos de la nuca. Mira cómo empieza a caer la primera tormenta de junio. Se acerca a la ventana. Contempla asombrada la caída de unas gotas gordas, que a los pocos minutos se van trocando en granizo y blanquean el pasto del parque. Una nueva descarga eléctrica cae a lo lejos. Entonces, se aparta temerosa de la ventana y baja a ver los preparativos para la cena”.

En la página 84, Miguel Ángel hace una gran descripción de la carretera que lleva del DF a Toluca; viaje que he hecho miles de veces, pero que ahora lo recorrí con la mirada detallista del autor y descubrí cosas que nunca había percibido.

¿De veras somos tan malos en futbol? Le pregunta Valeria a su padre. Pero Don Servando es un idealista que quiere que ella también crea más en la selección mexicana, y ella sabe que, en el lenguaje de su padre, eso significa lo mismo que creer más en México.

El capítulo 51 se titula “Nada es para siempre” y agregó que ni Todo es para nunca.

Si el relámpago aparece pronto, los tulipanes se demoran hasta la página 88, aunque lo hacen en abundancia.

Desde las primeras páginas, y a lo largo de toda la novela, Miguel Ángel nos sumerge con maestría en la forma de vida de una pareja de clase media alta en Metepec. Y lo hace con un gran conocimiento. Describe la manera de manejar de por allá como” una fusión local de inconciencia y cultura kamikaze”, lo cual es exacto.

En medio, Miguel Ángel se permite unas perlas literarias. Como que, en Metepec, por ejemplo, no pagan la cuenta, sino que la cancelan. O que, “Entre sollozos, derrama unas lágrimas amargas. Su respiración es breve y agitada, como la de una perdiz en manos del cazador”.

Es una novela de denuncia, aunque no se si haya sido la intención de Miguel Ángel. Denuncia un estilo de vida anquilosada y una moral rara, por decir lo menos.

Para mí es un gran gusto leer a escritores mexiquenses, como el que aquí nos convoca, o al maestro Eduardo Osorio, a Gustavo G. Velázquez o al vate Pagaza, porque son parte imprescindible de eso que les dio por llamar identidad mexiquense y porque, sí, andamos en una búsqueda permanente de pertenencia. Y una de las mejores formas es a través de las artes.

El de jobiano regresa Job y Valeria insiste: “la verdad es que da igual lo que una haga. Al final las cosas pasan como tienen que pasar. Te vas a morir. Eso es lo único cierto”.

También noté una cierta obsesión por los sillones que aparecen de manera constante y descritos con mucha minuciosidad.

No sería bueno entrar en detalles de la historia, pero debo decir que un protagonista central es la maqueta de un puente en Galerías Metepc. Lo que puedo es citar otra frase de esas que intercala Miguel Ángel con una gran ironía: “Las hermanas permanecen en silencio, como si estuvieran al inicio de una reunión de condóminos”.

Y no cuento mucho de la trama porque, como sabemos, las historias, las novelas, en general, siempre tratan de lo mismo, aunque no lo parezca, pero es la forma, el lenguaje, la ubicación espacio-temporal lo que las hace únicas.

Así nuestros protagonistas lloran con la declamación del brindis del bohemio y debo recordar al *Finito* López, llorando en las piernas de Marcial, mientras un locutor de televisa declamaba la de por qué me quite del vicio y ahora no me tomo un trago manque me muerdan los pingos.

Otro protagonista de la novela son los celos que siempre resultan más duros que el amor.

Y a Valeria Los ojos se le humedecen al recordar las miradas de inteligencia en el rostro de los jóvenes alumnos, cuando ella suscitaba su interés por tal o cual tema. Y a mí me pasa lo mismo, aunque al revés: lloro porque no logro suscitar ningún interés en mis alumnos. Por eso me consuelo cuando leo que:

“Luego, extrae del bolso un chocolate *Turín*. Minuciosa como un entomólogo retira la cubierta metálica”.

De los personajes, me identifico con Don Servando que se queja del Toluca y que sentencia “En México vivimos el tiempo de la vulgaridad”.

No podría hacerlo con Renato, el galán, porque representa casi todo lo que aborrezco en un hombre. Es de esos que “acomoda, con precisión de fresador, los cubiertos a los lados del plato”.

Luego interrumpo mi lectura para llevar a mi vecina al hospital porque está segura de que la mordió una araña violinista.

Ya de regreso, me encuentro que Don Servando sentencia: “No es correcto que una mujer casada salga con un hombre que apenas conoce. Y comprendo que lo correcto para una mujer casada es salir con un hombre que conozca bien.

No suelo buscar mensajes. Para mí leer, leer novelas, es la búsqueda de la evasión y siempre que comienzo la lectura de una lo hago con resquemor. Como al conocer una mujer o al probar algo nuevo. Empiezo siempre a leer con el perverso deseo de quedar atrapado, como el niño que busca atención a

través de una fechoría o la amante ya harta de su marido, desde el primer párrafo.

Para mi suerte, esto me sucedió con Valeria, la novela, claro. Empieza en un barrio de clase alta de Metepec (iba a decir elegante, pero no creo) con una nadadora, Valeria, de 32 años, y la precisa descripción de la escena me hizo cambiar de página chorreando agua clorada.

Los puentes están en el centro de la obra. Sabido es que los puentes permiten pasar de una orilla a otra. Pasar de la tierra al cielo. Siempre es peligroso atravesar un puente. Los puentes para llegar al Paraíso suelen ser más finos que un cabello y más cortantes que un sable. El puente es lugar de pasaje y de prueba, simboliza la transición entre dos estados interiores, entre dos deseos en conflicto, puede indicar la salida de una situación conflictiva. Llegado el momento, y siempre nos llega, hay que atravesar el puente: eludir el paso no resuelve nada. Pasar o no pasar el puente, la salvación o la condena.

Mientras Ricardo, el esposo, come con buen apetito. Tiene la complacencia facial de un catador de helados.

Para llegar a Toluca hay que pasar el hedor del Río Lerma.

Se podría creer que Metepec es cualquier pueblo, pero no. Ahí es donde viven y convive gran parte de esa clase política que marcó el rumbo del país en las últimas décadas. Y allí conviven muchas parejas que seguramente pasan lo que pasa Valeria: su vida matrimonial se ha convertido en una convivencia insulsa como la que existe entre las compañeras de una casa de huéspedes.

Todo bien hasta que “una hebra de sangre escarlata y ardiente, como un rubí fundido” que resbala por una mano infantil, nos despierta del cotidiano.

*Valeria. Relámpagos y tulipanes* es el título y me gusta. De inmediato presupongo que el autor nos ofrecerá un vaivén entre tormentas y turbadores romances. Luego cita a Onetti y eso me emociona. Sí, aquel escritor uruguayo que recomendaba que, si alguien quería mandar un mensaje con su obra, mejor acudiera a la mensajería. O algo así.

No queda más que felicitar a Miguel Ángel por esta novela, esperando que vengan más y que, sobre todo, sea leída por este gran público.

Gracias